

# Marcuse y la civilización no represiva

Jorge Eliécer Martínez Posada

Profesor

Facultad de Administración de Empresas

Universidad Central

*“...el pasado continúa haciendo valer sus propias exigencias de futuro y hace nacer el deseo de un paraíso recreado con base en las conquistas de la civilización”.*

Herbert Marcuse

## Introducción

El individuo, en el curso de su desarrollo humano y en la interrelación social, se ve obligado a cumplir con sus necesidades básicas y se siente, ya desde sus primeras reacciones, gobernado y limitado por algo que se halla por encima de él, que no está en sus manos dirigir, presentándosele como normas externas de valor.

Al parecer, si aceptamos las tesis de Freud, toda civilización debería edificarse sobre la represión y la renuncia a los instintos, pues sólo así es posible la interacción y el progreso. Desde este contexto podemos preguntar: ¿estará nuestro futuro dominado por una evolución predestinada a la represión y la infelicidad? Aludimos al concepto de la cultura occidental cuando cuestionamos sobre tal futuro.

El tema que nos ocupa será abordado desde la reflexión crítica de la obra de Herbert Marcuse, *Eros y civilización*, donde el autor parte de las tesis sustentadas por Sigmund Freud —particularmente en *El malestar en la cultura*— en las que plantea que la civilización

necesita imponer una rígida restricción al “principio de placer”. Marcuse aduce al respecto que debería llegarse a una construcción de la cultura desde la fuerza positiva del Eros, por medio de la cual sería posible edificar una civilización no represiva, vislumbrada como esperanza más allá del territorio de la alienación. ¿En qué consiste tal fuerza positiva y en qué concepción de la cultura descansa? Ésta es una de las preguntas fundamentales de este trabajo.

Es de destacar la importancia de una reflexión en torno a la cultura y a todo lo que en el hombre implica formar parte de ella como agente transformador, en donde puede encontrar su libertad y felicidad. Este estudio, en particular, se propone acercarse a un análisis crítico del tema de la cultura en la mencionada obra de Herbert Marcuse, en donde se quiere demostrar que existen los pre-requisitos sociales para el surgimiento de una civilización no represiva, en la cual el hombre se desarrolla y adquiere una madurez gradual que no le procura infelicidad.

Los aportes de Marcuse son una respuesta “original” a un problema relevante, que reúne ideas claras expuestas desde la teoría de la cultura y que pretende dar respuestas a la sociedad occidental, a sus retos y esperanzas.

Se pretende, por consiguiente, señalar sus planteamientos y puntualizar mejor los términos y las líneas fundamentales de este tema, tan importante hoy en día teniendo en cuenta

la crisis de las grandes utopías. Esta crisis me ha permitido plantear el siguiente problema: desde sus primeros rasgos sobre la tierra y hasta nuestros días, la vida humana se ha caracterizado por una lucha continuada en busca de la felicidad, la libertad y el acoplamiento en el marco axiológico propio de cada cultura. El “hombre” trata de arrancarle la verdad de su ser a la vida, a la sociedad, a la cultura o civilización que se empeña en doblegarlo y mantenerlo bajo sus generosas cargas, con unos valores posesivos que le crean malestar y lo limitan para una realización armónica. El llamado “error trágico” no es más que la rebeldía del individuo contra la ley que lo oprime y coarta sus instintos, y contra la cultura que surge como el orden dentro del caos, como la única posibilidad de convivencia, la cual termina por erigirse en gestora del malestar e infelicidad de los sujetos. De ahí el descontento y la infelicidad que se manifiestan en la hostilidad contra la civilización a la que ellos mismos –los hombres– sostienen con su trabajo, pero de cuyo bienestar participan muy pocos, develándose en un futuro incierto. Son éstas las circunstancias en las cuales surge, como el ave fénix, la reflexión marcusiana anunciando la posibilidad de una civilización madura guiada por el fortalecimiento de los instintos vitales y la liberación del poder constructivo del Eros, dando una solución al callejón sin salida planteado por Freud y permitiendo alcanzar un libre desarrollo personal y social armónico.

Aquí surge la pregunta: ¿es posible una civilización no represiva? La civilización no represiva, la sociedad del confort, el estado autosuficiente y protector, son como una de las cumbres de la historia, como la realización a la que aspira cada hombre para mejorar su condición dentro del sistema cultural. Las nuevas formas de vida, en una sociedad diferente, suelen considerarse sofismas utópicos que pueden atentar contra el aparente

bienestar; por consiguiente, se afirma, habrá que reprimir a los grupos marginales que las proponen.

Pero desde el pensamiento de Marcuse se podría afirmar que ya existen las bases, como las fuerzas materiales e intelectuales para la realización o construcción de un nuevo proyecto encauzado hacia una sociedad no represiva, donde se dé la capacidad de optar y donde el Eros, liberado, se halle a sí mismo como poder creativo. Es cierto que hay que desmontar todos los tabúes que todavía oprimen a nuestras sociedades para dar la posibilidad de convertir el cuerpo humano en instrumento de placer y no de trabajo. Cuando aparezcan, en lugar de la búsqueda del confort, la prosperidad, la seguridad del empleo u otras satisfacciones esclavizantes, nuevas necesidades como la paz, la tranquilidad, la soledad (el tener una esfera privada), la belleza o la felicidad gratuita, entonces el mundo se transformará verdaderamente, centrándose esencialmente en el gozo y en la satisfacción de los instintos fundamentales donde el placer, la libertad y la belleza se unirán dando paso a la sociedad futura.

## 1. HERBERT MARCUSE Y SU PENSAMIENTO

### 1.1 El problema de la cultura en Herbert Marcuse y su génesis histórica

Un primer acercamiento al pensamiento de Herbert Marcuse supone ubicar al autor en unas circunstancias específicas que dieron origen a su obra *Eros y civilización*, y que responden a una problemática histórica vigente hoy en día. Se hace necesario, a este respecto, conocer algunos aspectos de su vida que enmarcan y afectan de algún modo el desarrollo de su pensamiento.

Herbert Marcuse nació en Berlín en 1898. Perteneció a una generación que sufrió,

- Los aportes de Marcuse son una respuesta “original” a un problema relevante, que reúne ideas claras expuestas desde la teoría de la cultura y que pretende dar respuestas a la sociedad occidental, a sus retos y esperanzas.

en carne propia o muy de cerca, los trastornos de las dos últimas guerras mundiales de nuestro siglo. De familia judía —con todas las implicaciones consiguientes—, vivió a sus veinte años la gran esperanza y el ulterior desengaño del fracaso de la revolución alemana. Especialista en Hegel, posteriormente reconoció en su obra la influencia de dos maestros con los cuales mantendrá siempre una provechosa discusión intelectual: Marx y Freud. Después de unos años de quietud y trabajo, Marcuse abandonó la política activa tras el asesinato, en 1919, de Rosa Luxemburg y de Karl Liebknecht. En 1933, la subida de Hitler al poder lo forzó a dejar su país y a establecerse, por poco tiempo, en Suiza y en Francia. Finalmente, tras algunas estancias como profesor visitante en universidades norteamericanas, fijó su residencia en los Estados Unidos, donde ocupó varias cátedras y trabajó en el

Russian Institute de Columbia y en el Russian Research Center de Harvard. El enfrentamiento con la sociedad industrial norteamericana —después de las experiencias políticas del 18 y del 33— acabó de configurar sus intereses intelectuales, iniciados temáticamente —aparte los estudios sobre Hegel— con una colaboración al libro *Estudios sobre la autoridad y la familia*, que se publicó en París en 1936 bajo la dirección de Max Horkheimer y que contó, además, con la intervención de Theodor W. Adorno. En efecto, si el tema central de la obra de Marcuse es la libertad, sus libros de madurez describen y explican minuciosamente las causas y los efectos de la no-libertad en los hombres y en las sociedades, especialmente en la sociedad industrial avanzada.

En la obra de Marcuse hay toda una parte —y es tal vez la más importante— que es casi de autobiografía espiritual. En este

sentido, tenemos que considerar la vivencia histórico-personal que ha sido la vida, no sólo de Marcuse, sino la de casi todos los pensadores centroeuropeos. La fuerza de aquel grupo de intelectuales que han sabido aportar, con el máximo de lucidez, una visión altamente crítica sobre la civilización contemporánea, no se debe únicamente a su formación rigurosa, sino, posiblemente en mayor medida, a toda una secuencia de experiencias dramáticas y tensiones psicológicas vividas personalmente, que los estimularon a reflexionar sobre la realidad paradójica y el absurdo destino de los hombres y las sociedades de nuestro siglo.

Estos datos nos muestran a un pensador que cuestiona e interpela la sociedad en la que se desenvuelve, y más específicamente la sociedad contemporánea, influenciado grandemente por el marxismo y el freudismo, en los que halla una inspiración y le dan cierta autenticidad a su pensamiento, el cual constituye una filosofía personal.

La influencia de Marx alimenta su inquietud por una sociedad justa y por la búsqueda de la libertad. En este sentido, Marcuse constata que el hombre se encuentra sometido por una ideología que lo aliena. Ésta no es meramente una alienación de tipo económico, sino una alienación del hombre que invierte la realidad humana, que involucra no sólo la historia de la economía sino también la esencia humana y su realidad; por eso, considera el hecho económico del trabajo alienado como la inversión de esta esencia. Así, ese hecho económico se vuelve fundamento de una revolución que desea cambiar la esencia del hombre y su entorno. Es desde aquí de donde Marcuse afianza su inquietud humanista.

Con Freud, creador del psicoanálisis, el cual pone de manifiesto una nueva imagen del hombre, de sus actividades psíquicas y de sus productos culturales, hace posible el plantear una posible “liberación sexual” del individuo. En suma, el núcleo central de la obra de Marcuse queda constituido por la meditación sobre el pensamiento de sus tres grandes maestros, Hegel, Marx y Freud, representada por los cuatro grandes libros de su época americana: *Reason and Revolution* (1941), que lleva por subtítulo “Hegel y la aparición de la teoría social”, donde se configuran por vez primera, en un cuadro orgánico, las bases del pensamiento del autor; *Eros and Civilization* (1955), cuyo subtítulo es “Investigación filosófica sobre Freud”, su libro más original, creador y, con toda probabilidad, el más hondamente arraigado en Marx de toda su producción; *Soviet Marxism* (1964), que con su subtítulo suficientemente esclarecedor, “Estudios sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada”, da todo un conjunto de condicionamientos intelectuales (influencias secundarias, trabajos colectivos, relaciones personales, etc.) que servirán para configurar las etapas de evolución de su pensamiento. Marcuse comenzó sus estudios universitarios en Berlín y se licenció por la Universidad de Friburgo, en 1921. Allí conoció a Heidegger, quien por un tiempo influyó en él, guiándolo, a través de las corrientes de la época (el neokantismo de Marburgo, la fenomenología de Husserl, Dilthey, Simmel, etc.), hacia su orientación particular: las primeras formulaciones del existencialismo. Pronto, sin embargo, Marcuse se desprendió de la influencia de Heidegger y se sintió tentado por la problemática sociológica según el planteamiento de Max Weber. Pero la obra que más influyó en



su pensamiento inicial –y no solamente en él, sino en toda una generación– fue *Historia y conciencia de clase* (1923), de Lukács, que lo indujo a trabajar sobre la base de la tradición hegeliano-marxista y, más específicamente, sobre el pensamiento de Hegel. Entre 1933 y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, Lukács en la Unión Soviética y Marcuse en los Estados Unidos, cada cual por su lado, se consagraron a una misma tarea: la revalorización de Hegel<sup>1</sup>.

El pensamiento filosófico de Marcuse muestra una gran preocupación por el hombre como ser concreto, sumergido en una sociedad, cuyo estudio pudo afianzar desde el freudismo y el marxismo, corrientes que le abrieron el horizonte hacia una filosofía humanista tendiente a la promoción del hombre por cuanto procura pensar y dilucidar las condiciones para su óptimo desarrollo, hablando en favor de la libertad y de la felicidad como formas de vida posibles. Para ello, critica esta sociedad, en la que se evidencia la existencia del “hombre unidimensional”, que es el signo de alienación del hombre contemporáneo. Frente a esto, el hombre con que sueña Marcuse es el que puede alcanzar la capacidad de optar, que está libre de coacciones, desarrollando a plenitud sus energías profundas y liberado del trabajo esclavizante hacia la posibilidad de realizarse en un trabajo creador.

De todos modos, emitir un juicio sobre el pensamiento y la obra de Marcuse implica un trabajo más dispendioso y arduo. Es notoria la defensa por el hombre y su bienestar: critica tanto a la sociedad norteamericana como a la soviética, y rechaza,

en la primera, el sistema de represión difuso e hipócrita que, camuflado en una supuesta libertad democrática, persigue en realidad el mantenimiento de los privilegios e intereses de las clases dominantes, mientras que en la segunda censura la ausencia de opción para los individuos en los más elementales principios.

Es desde aquí, desde la carencia, donde él desea rescatar al hombre buscando la salvación; pero no desde un nuevo adoctrinamiento racional o desde una escuela nueva que prometa parámetros de realización, sino desde la propia “energía instintiva” y su libre expresión en la sociedad y el desenvolvimiento político que lo ubicaría en un sendero de liberación.

Marcuse le dio a la teoría freudiana de las pulsiones una dimensión histórica y posibilidades de aplicación en el plano político-social: al descubrir el nivel biológico-filogenético de la represión natural, del nivel de la sobrerrepresión, llegó a la conclusión de que el conflicto entre los principios de placer y de realidad no es ineluctable y, por lo tanto, de que es posible construir una civilización no represiva. Así pues, la respuesta de Marcuse al problema del hombre de hoy da una nueva visión a la problemática de que adolecen las culturas occidentales: quiere liberar al hombre por medio de una transformación desde su propia potencialidad que involucre simultáneamente a la sociedad.

Con este aparte podríamos dar por concluido lo concerniente a la ubicación de Marcuse en un contexto general de su influencia filosófica, que dio origen a lo que llamaríamos pensamiento marcusiano.

<sup>1</sup> Cf. Castellet, J. M. *Lectura de Marcuse*, Biblioteca Breve de Bolsillo, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1969, pp. 32 - 35.

## 1.2 Análisis histórico del problema en *Eros y civilización*

A continuación expondremos esquemáticamente el análisis histórico que hace Marcuse en torno a la comprensión del Eros en algunos momentos claves de la historia de la filosofía. Para ello nos basaremos en su obra *Eros y civilización*, más exactamente en el capítulo V, titulado “Interludio filosófico”.

de la infelicidad, la represión y el consecuente malestar en la cultura. Por eso es necesario que reencuentre su naturaleza perdida a lo largo de la historia de una supuesta civilización y que desarrolle sus facultades superiores, como la razón y el intelecto, que lo han sometido abrumadoramente bajo las garras del “logos” encasillador y estructurador de todo lo que a su paso se presente, negando la natura-

- Desde el pensamiento de Marcuse se podría afirmar que ya existen las bases, como las fuerzas materiales e intelectuales para la realización o construcción de un nuevo proyecto encauzado hacia una sociedad no represiva, donde se dé la capacidad de optar y donde el Eros, liberado, se halle a sí mismo como poder creativo.

La naturaleza del hombre, tal y como es comprendida por Aristóteles, tiene una esencia constitutiva racional. Marcuse considera que el hombre natural se inclina por, siente y desea lo bueno y lo bello, y pretende alcanzar una trascendencia sin tener que vender su libertad para adquirirla; él desea por todos los medios salir

leza del mismo hombre en pro del poder de la razón.

Frente a ello, Marcuse considera que la razón se volvería en sí misma un medio o instrumento de pacificación y órgano del arte de vivir que se opone al instinto de muerte:

“Cualesquiera que sean las implicaciones de la concepción griega original del logos como la esencia del ser, desde la canonización de la lógica aristotélica, el término se identifica con la idea de ordenar, clasificar, dominar a la razón. Y la idea de la razón llega a ser cada vez más antagónica de aquellas facultades y actitudes que son más receptivas que productivas (...) La razón está para asegurar, mediante la transformación y la explotación cada vez más efectiva de la naturaleza, la realización de las potencialidades humanas (...) El logos se convierte de ahí en adelante en la lógica de la dominación. Cuando la lógica reduce entonces las unidades de pensamiento a signos y símbolos, las leyes del pensamiento llegan a ser, finalmente, técnicas de cálculo y manipulación”<sup>2</sup>.

Ya desde Hegel, agrega Marcuse, se consolida la esencia del ser con el logos, afianzándose aún más una filosofía intelectualista:

“El espíritu llega a sí mismo en y como reconocimiento absoluto. Es al mismo tiempo la verdadera forma del pensamiento y la verdadera forma del ser. El ser es en su misma esencia razón (...) Ser ya no es más la dolorosa trascendencia hacia el futuro sino la pacífica recapitulación del pasado.(...) La verdadera libertad existe sólo como idea. La liberación, así, es un suceso espiritual (...) La filosofía occidental termina con la idea con la que empezó. Al principio y al final, en Aristóteles y en Hegel, el su-

premo modo de ser, la última forma de la razón y la libertad, aparece como *nous*, espíritu, *Geist*. *Al final y al principio, el empírico permanece en la negación (...)*<sup>3</sup>.

Como hemos visto, Hegel plantea una filosofía en la que el logos es el modo supremo del ser, la forma última de la razón y la libertad, es el *nous*, el espíritu. Y la historia es el proceso de desarrollo de la razón como lógica de la dominación. Marcuse toma una posición negativa frente a esta visión y defiende la filosofía de la fuerza vital, de la energía y del instinto. Para él, Eros es la esencia del ser. Algunos pensadores ya habían roto con la concepción tradicional del ser como logos. Schopenhauer plantea al ser como voluntad, es decir, deseo y agresividad insaciables, que sólo el nirvana puede salvar al anularlos: es, al mismo tiempo, fin y satisfacción del deseo. Dice Marcuse:

“Cuando Schopenhauer define la esencia del ser como voluntad, la muestra como un insaciable deseo y agresión que deben ser liberados a cualquier precio. Para Schopenhauer, ellos son liberales sólo en su negación absoluta; la voluntad misma debe llegar al descanso, a un fin. Pero la idea de Nirvana contiene la afirmación: el fin es la realización, gratificación. Nirvana es la imagen del principio de placer”<sup>4</sup>.

En Nietzsche podemos ver con más claridad la ruptura con la concepción del ser como logos; lo ve como voluntad de poder que se funda en la experiencia del ser-como-fin-en-sí, del ser-placer y alegría; se

<sup>2</sup> Marcuse, Herbert, *Eros y civilización*, Biblioteca Breve de Bolsillo, Ed. Seix Barral, S.A., Barcelona, 1969, p. 110.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 114 - 116.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 117.

satisface cuando los instintos de la vida se liberan del sentimiento de culpabilidad cuidadosamente mantenido por la moral cristiana, y cuando, abolida toda trascendencia, la eternidad se hace presente en el eterno retorno:

¡La voluntad, esto es, la liberadora y portadora del goce: esto es lo que os enseñé, amigos míos! Pero ahora aprended también esto: la Voluntad misma es todavía una prisionera. La Voluntad es todavía una prisionera porque no tiene poder sobre el tiempo; el pasado no sólo permanece sin liberar, sino que, sin libertad, sigue corrompiendo toda liberación. Hasta que el poder del tiempo sobre la vida sea roto, no puede haber libertad (...) Con el triunfo de la moral cristiana, los instintos de la vida fueron pervertidos y restringidos; la mala conciencia fue ligada con una falta contra Dios.(...) El hombre llega a sí mismo sólo cuando la trascendencia ha sido conquistada, cuando la eternidad ha llegado a ser presente en el aquí y ahora. La concepción de Nietzsche concluye con la visión del círculo cerrado, ya no el progreso, sino el eterno retorno. (...) El eterno retorno es la voluntad y la visión de una actitud erótica hacia el ser para la que la necesidad y la realización coinciden”<sup>5</sup>.

Ya en Marcuse, se sustituye el ser como logos por el ser como Eros y los paralelos de igualdad con Schopenhauer y Nietzsche son notables. La lógica de la dominación es cambiada por la voluntad de satisfacción, la curva ascendente del progreso

por el círculo cerrado del eterno retorno, la trascendencia por el reposo en la satisfacción, el nirvana y el goce. Esta interpretación del ser en términos de Eros, propensión al placer y voluntad de placer se convierte en una meta para la existencia humana al mismo tiempo que en la fuerza instintiva de la civilización. Marcuse encuentra en Freud algunos elementos importantes de tener en cuenta, en torno a lo que éste llama el “principio del placer”. También cree encontrar, en la primera etapa del pensamiento platónico, cuando el Eros aún no ha sido absorbido en el logos, un presupuesto histórico de relevancia, para establecer, posteriormente, la lucha que libra la cultura occidental al interior de ella misma:

“Esta es la lucha entre la lógica de la dominación y la voluntad de gratificación. Ambas afirman sus existencias definiendo el principio de la realidad. Se ataca a la ontología tradicional: contra la concepción del ser en términos de Logos se levanta la concepción del ser en términos a-lógicos: la voluntad y el gozo. La contratendencia lucha por formular su propio Logos: la lógica de la gratificación”<sup>6</sup>.

En sus posiciones más avanzadas, la teoría de Freud participa de esta dinámica filosófica. Al intentar definir la “esencia del ser”, lo define como Eros –en contraste con la definición tradicional de logos–. Según Marcuse, “la interpretación freudiana del ser en términos de Eros recoge el primer estado de la filosofía de Platón, que concebía la cultura no como

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 117 - 120.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 122.



una sublimación represiva, sino como el libre autodesarrollo de Eros”<sup>7</sup>.

El deseo de Marcuse de redescubrir el Eros es suprimir el carácter represivo de la sociedad y de paso, como consecuencia, resolver los problemas de la infelicidad y represión. Pero sobre esto volveremos más adelante.

Aunque se evidencia notablemente el encontrar o recuperar la esencia fundamental del hombre, contenida en lo que podríamos llamar metafísica del Eros –que se había ocultado desde la aparición del pensamiento aristotélico–, no se podría decir que es original de Marcuse, ya que se muestra en algunos rasgos de la filosofía anterior a él.

### 1.3 Sigmund Freud y *El malestar en la cultura*

#### 1.3.1 Introducción

Para un mayor entendimiento de la dirección que toma la teoría de la cultura de Herbert Marcuse, es indispensable establecer la influencia del pensamiento de Sigmund Freud y su visión del individuo, la sociedad y la cultura, así como su aporte a la problemática planteada en torno a la civilización represiva, que es lo que nos interesa en cuestión.

Mencionemos algunos trabajos de Freud en los que abordará el tema del placer. Sus primeros trabajos están dedicados a la neurología propiamente dicha: una veintena de artículos que van de 1877 a 1897 aproximadamente. Con sus *Estudios sobre la histeria* (1895), donde elabora los primeros abordajes psicoanalíticos de la neurosis, la terapéutica –primero el

método hipnótico y luego el método de la asociación libre– tiene por objeto obligar al enfermo a ver lo que rehúsa ver y a renunciar a su inconsciencia. La reelaboración más importante tuvo lugar en 1919 con la publicación de *Más allá del principio de placer*, donde descubre la pulsión de muerte, que tiene una dimensión propia. La esencia del instinto es la conservación de la vida y no su destrucción; ésta es situada en el origen de todas las pulsiones. Se trata de referir el aparato psíquico a un conflicto fundamental que sólo puede explicarse de forma mítica: el conflicto de Eros y de Thánatos. Con la pulsión de muerte, la discordia irreductible se sitúa en la raíz misma del ser psíquico.

Esta reelaboración va acompañada, en 1920, de la construcción de un segundo sistema en el que las tres instancias se convierten en: ello, superyó y yo. Por último, cabe agrupar los textos que se refieren al análisis de la civilización y de sus obras: en concreto, *Tótem y tabú* (1913), *El porvenir de una ilusión* (1927) y *El malestar en la cultura* (1930); el tema que los une es el de la relación entre organización social y culpabilidad. En *Tótem y tabú*, Freud sitúa en los orígenes de la historia la muerte del padre primitivo a manos de sus hijos, quienes luego lo devoran en el ritual de canibalismo.

El sentimiento de culpabilidad resultante suscita la institución del tótem como sustituto del padre muerto, y del tabú con respecto a las mujeres que le pertenecen. Lo esencial de este libro es el vínculo entre el complejo de Edipo (la prohibición del incesto) y la organización social. *El*

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 122 - 123.

*malestar en la cultura* se orienta en el mismo sentido, al mostrar la inadecuación no coyuntural, sino esencial, de toda sociedad.

Pero viene la contraparte de la propuesta cultural hecha por Freud, que muestra claramente, y con muchas evidencias, que la civilización está basada en la subyugación permanente de los instintos humanos y en la permanente represión de ellos. La

cultura vendría a ser el sacrificio metódico de la libido, su inextinguible desviación hacia actividades y expresiones útiles desde el punto de vista social, que exigen un progreso a costa de la represión y la imposición de condicionamientos sociales y biológicos; de ahí que los instintos deban ser desviados de su meta y objetivos, puesto que son incompatibles con cualquier forma de asociación. Contra esta

- El pensamiento filosófico de Marcuse muestra una gran preocupación por el hombre como ser concreto, sumergido en una sociedad, cuyo estudio pudo afianzar desde el freudismo y el marxismo, corrientes que le abrieron el horizonte hacia una filosofía humanista tendiente a la promoción del hombre por cuanto procura pensar y dilucidar las condiciones para su óptimo desarrollo, hablando en favor de la libertad y de la felicidad como formas de vida posibles.

visión pesimista de la cultura vendrá a esgrimir Marcuse la propuesta del reino de libertad, que, expandiéndose cada vez más, se transforma realmente en el reino del juego, del libre juego de las facultades individuales.

Para poder comprender y comparar la propuesta de Marcuse, debemos dar a conocer la posición de Sigmund Freud acerca de la civilización, en su obra *El malestar en la cultura*, donde expone la teoría de la cultura, que es lo que nos interesa.

### 1.3.2 *El malestar en la cultura*

Freud es uno de los personajes que han roto con la tradición, estimulando, al igual que Nietzsche y Marx, la reflexión en torno a la cultura que cada uno de ellos había emprendido desde un área de trabajo específica (la moral y la sociedad, respectivamente), y haciendo una contribución fundamental a la renovación y al cambio. Específicamente, el aporte de Freud al tema de la cultura se encuentra en la obra *El malestar en la cultura*. Este texto aborda problemas morales y religiosos, y su área específica será el estudio sobre el sentimiento de culpabilidad y las represiones. Puede considerarse, en cierto modo, como continuación de *Tótem y tabú* y de *El porvenir de una ilusión*. La organización social y la culpabilidad serán los puntos de encuentro y de análisis. Lo que nos interesa rescatar de esta obra es su gran aporte a la teoría de la cultura de Marcuse, expuesta en la obra *Eros y civilización*.

“La felicidad —dice Freud— no es un valor cultural”<sup>8</sup>. Esto quiere decir que dentro

de la estructura social no está incluida la felicidad como norma o parámetro social, porque la expresión de la felicidad iría en contra del orden social. Con esta observación, Freud comienza su reflexión. Para él, la civilización se basa en la subyugación permanente de los instintos humanos. Esta tesis se ha acogido como cosa natural. Su pregunta sobre si el sufrimiento infligido a los individuos compensa o no los beneficios de la cultura, nadie, según Marcuse, la ha tomado con mucha seriedad, sobre todo porque el propio Freud consideraba el progreso y la represión que implica como algo inevitable e irreversible. La satisfacción libre de las necesidades instintivas del hombre es incompatible con la sociedad civilizada; la renuncia a la satisfacción y su aplazamiento son las premisas del progreso.

El análisis de Freud sobre el resultado de esta búsqueda no es optimista. El principio de placer, sencillamente, no puede ponerse en funcionamiento. La constitución total de las cosas actúa en contra de él; se podría decir que el propósito de que el hombre sea “feliz” no está en el plan de la creación. Como se advierte, el que fija el objetivo vital es, simplemente, el programa del principio del placer, el cual rige las operaciones del aparato psíquico desde su mismo origen y de cuya adecuación y eficacia no cabe duda. Este programa ni siquiera es realizable, pues todo el orden del universo se le opone, y aun estaríamos por afirmar que el plan de la “Creación” no incluye el propósito de que el hombre sea “feliz”<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>9</sup> Cf. Freud, Sigmund, *Obras completas*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1968, pp. 10 y 11.

¿Qué ocurre, entonces, con la posibilidad de ser felices a que aspiran los seres humanos? La respuesta de Freud es que, bajo la presión de las fuentes variadas de donde proviene el sufrimiento, la humanidad tiende a reducir sus exigencias de felicidad, por lo cual la meta del principio de placer es inalcanzable. Sin embargo, la civilización es hecha por los hombres. ¿Por qué, entonces, la han sembrado con las semillas del descontento? Existen muchas razones.

Primero, el amor se opone a la cultura porque ésta no le da las suficientes garantías para estabilizarse en todos los ámbitos sociales por su identidad individual, sentimental y afectiva, ubicándolo, más bien, en el plano hedonista y quedando relegado a la praxis privada. Segundo, el amor (o Eros, o la libido, o el principio del placer), se caracteriza, como tantas otras fuerzas físicas, por la quietud. No se inclina a abandonar una vieja posición en favor de una nueva, dando como respuesta su desplazamiento por parte de otras fuerzas como la razón, que muestran y demuestran el progreso técnico, científico e intelectual del hombre que ha abandonado fuerzas primarias y aparentemente improductivas como el Eros. Tercero, las inclinaciones agresivas del hombre, innatas, independientes e instintivas, constituyen el obstáculo más poderoso para una cultura más liberal. Así pues, Freud *"llega finalmente a la conclusión de que el desenvolvimiento de la cultura y de la civilización, al igual que el desenvolvimiento del individuo, es una lucha entre Eros y el Thánatos"*<sup>10</sup>.

El instinto de vida se expresa mediante el amor, la creatividad y el espíritu constructivo. El instinto de muerte, mediante el odio y la destrucción<sup>11</sup>. Se trata de un instinto poderoso. El hombre es un ser agresivo, que revela en él la presencia de una bestia salvaje, a la cual resulta ajeno el respeto a su propia especie; debido a esta hostilidad primaria de los hombres entre sí, la sociedad civilizada se ve continuamente amenazada de destrucción. Freud denuncia las represiones inútiles y excesivas, que son una fuente de angustia y de sufrimiento, y prosigue su estudio sobre la lucha del hombre contra una cultura restrictiva y opresiva. Tal opresión se hace patente en la destructividad del superyó y en el sentimiento de culpabilidad. Dice Freud:

"Conocemos dos orígenes del sentimiento de culpabilidad: uno es el miedo a la autoridad; el segundo, más reciente, es el temor al *superyó*. El primero obliga a renunciar a las satisfacciones de los instintos; el segundo impulsa, además, al castigo, dado que no es posible ocultar ante el *superyó* la persistencia de los deseos prohibidos. (...) Advertimos ahora la relación que existe entre la renuncia a los instintos y el sentimiento de culpabilidad"<sup>12</sup>.

Se acentúa la función cultural del sentimiento de culpabilidad, que se presenta como medio del que se sirve la cultura no contra la libido, sino, precisamente, contra la agresividad. Ahora la cultura representa los intereses de Eros contra el propio yo, foco del mortal egoísmo; se sir-

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 43.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 43.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 50.

- La respuesta de Marcuse al problema del hombre de hoy da una nueva visión a la problemática de que adolecen las culturas occidentales: quiere liberar al hombre por medio de una transformación desde su propia potencialidad que involucre simultáneamente a la sociedad.

ve de mi propia violencia para conmigo mismo y hace fracasar mi violencia para con el otro.

“La cultura reposa sobre la renuncia a las satisfacciones instintuales: hasta qué punto su condición previa radica precisamente en la insatisfacción (¿por supresión, represión o algún otro proceso?) de instintos poderosos. Esta *frustración cultural* rige el vasto dominio de las relaciones sociales entre los seres humanos, y ya sabemos que en ella reside la causa de la hostilidad opuesta a toda cultura”<sup>13</sup>.

Esa tendencia que manifiesta la cultura frente al individuo es agresiva. En consecuencia, Freud aplicó el concepto de la voluntad individual de morir a la sociedad como un todo. Llegó a creer que la

suma de las partes no era diferente del individuo todo. El hombre, la naturaleza, la sociedad –todo– se lanzan voluntariamente hacia su propia destrucción; y esa agresividad, que había visto tan perfectamente concentrada en la guerra, era simplemente la manifestación externa del interior, que se encuentra así mismo en cada hombre como principio thanático. Con estos lineamientos someros con respecto a Sigmund Freud y su obra *El malestar en la cultura*, damos por preparados los requerimientos para ahondar en la obra de Herbert Marcuse *Eros y civilización* y establecer con claridad los aportes de este pensador a la teoría de la cultura, y en especial al problema de las culturas occidentales, esto es, su patente conflicto e infelicidad.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 27.



## 2. LA PROPUESTA DE HERBERT MARCUSE FRENTE AL PROBLEMA DE LA CULTURA

*“¿Qué te pasa? ¡Te suplico, no me pierdas!  
¡Oh, levántate, mi dueño, que ya él llega!  
¡Ay, no me hagas mal tan grande!  
¡Qué desgracia!  
Ya es de día... ¿No ves luz en la  
ventana?”\**

Canción de amor  
(Anónimo)

Con este fragmento de la poesía lírica griega encabezamos el segundo capítulo, que contiene, en síntesis, el proyecto de una civilización no represiva en la cual el instinto del Eros se liberaría y la organización social estaría desprovista de toda tendencia dominadora, proponiendo desarrollar la vida sexual transformada en Eros, es decir, como libido primaria, indiferenciada y generalizada. Tal transformación no apuntaría a otra cosa que al goce, erotizando a toda la personalidad y expandiendo la libido dentro de la civilización; así mismo, afianzaría nuevas formas de realización y de descubrimiento del mundo. Estas últimas otorgarían una nueva forma al reino de la necesidad, a la lucha por la existencia, que abrirían paso a una sociedad que reconcilie la naturaleza con la civilización y donde se afirme la felicidad del Eros liberado hacia el poder creativo.

El concepto de la cultura, en Freud, por una parte representa lo mismo que el concepto del superyó, y por la otra, algo diferente y más amplio. La cultura sólo es otro nombre del superyó si le asignamos como tarea primordial la prohibición de

deseos sexuales o agresivos, incompatibles con el orden social. Dicho en lenguaje económico, la cultura implica una renuncia a los instintos; basta recordar las tres prohibiciones más universales: el incesto, el canibalismo y el asesinato. Que cultura y superyó sólo sean dos nombres de una misma realidad, nos lo certifica el mecanismo de introyección.

Freud añade rasgos complementarios. Por una parte, la satisfacción estética asegura una mayor interiorización de la cultura, experimentada como deseo sublimado y no como simple prohibición. Por otra parte, la orgullosa y belicosa identificación del individuo con su grupo, de cuyos odios se apropia, le procura una satisfacción de índole narcisista, que contrarresta su propia hostilidad hacia la cultura y refuerza la acción correctiva de los modelos sociales. Sin embargo, estas dos satisfacciones —estética y narcisista— no nos sacan del cuadro pulsional conocido hasta ahora: daremos un paso más allá del análisis, en adelante clásico, del superyó, si tenemos en cuenta que la cultura, además de su propósito de prohibir y corregir, tiene como tarea la de proteger al individuo contra la supremacía de la naturaleza. Inmediatamente articularemos la ilusión sobre esta segunda tarea cultural. El análisis de esa tarea implica tres temas: disminuir la carga de sacrificio impuesto a los instintos humanos, hacer que los individuos se reconcilien con las renunciaciones inevitables y ofrecerles satisfacciones que compensen tales sacrificios (lo que llamaría Freud patrimonio psíquico de la cultura).

\* Texto griego: Oxford Bibliografica Bk of Verse, 127. Trad. M. Briceño, S.J., El Genio Literario Griego, Bibliográfica Ltda. Colombiana, Tomo I, Bogotá, 1966, p. 225.

El proceso cultural respondería a esa modificación del proceso vital, experimentada bajo el influjo de una tarea impuesta por Eros y urgida por Ananké,<sup>14</sup> la necesidad real, a saber, la unión de seres humanos aislados en una comunidad cimentada por sus recíprocas relaciones libidinales. Se ve, pues, que es la misma fuerza erótica la que establece lazos internos entre los grupos y la que lleva al individuo a buscar el placer y a huir del sufrimiento (del triple sufrimiento que le infligen el mundo, su cuerpo y los otros hombres). La evolución cultural, como el crecimiento individual desde la infancia a la edad adulta, es fruto de Eros y Ananké, del amor y el trabajo; debemos decir que del amor más que del trabajo, porque unirse en el trabajo para explotar la naturaleza significa mucho menos que el lazo libidinal que une a los individuos en un solo cuerpo social. Parece ser el mismo Eros el que anima la búsqueda de la dicha individual y el que quiere unir a los hombres en grupos cada vez más amplios. Pero no tarda en aparecer la paradoja: en su lucha organizada contra la naturaleza, la cultura otorga al propio hombre el poder conferido antes a los dioses; pero esta semejanza con los dioses lo deja insatisfecho, produciendo el “malestar en la cultura”.

La vida humana, sin embargo, está llena de contradicciones que se manifiestan de un modo palpable en la convivencia cotidiana. Al parecer, todos desean la paz, la felicidad, la armonía, la justicia y el bienestar en general; sin embargo, la vida humana de la cotidianidad está llena de tensiones, de desarmonías, de sufrimiento, de represiones y de injusticias. Las diferencias son abismales y la incoheren-

cia de las ideas con la realidad es evidente en todos los sectores e instituciones de las sociedades y las culturas vigentes. Es clara la competitividad en el poder, en el saber y en el tener; se manifiesta la rivalidad, la agresividad y la violencia; los trazos de pesimismo no se dejan mimetizar ni con las mejores y más esperanzadoras teorías humanísticas. ¿Tendrá razón Sigmund Freud al interpretar las estructuras dinámicas del hombre como fuerzas duales, Eros y Thanatos, de Amor y de agresividad, que fomentan las tendencias violentas y agresivas de las personas, lanzándolas cada vez a su propia destrucción?

Aunque el hombre de hoy tiende a oscilar entre el entusiasmo y el desencanto ante la vida, entre la satisfacción por el adelanto técnico y la impotencia en su intento por lograr una felicidad verdadera, entre el orgullo por el dominio de la naturaleza y el desconsuelo por el deterioro del medio ambiente, entre el deseo de conocerlo todo y la experiencia amenazante de la nada, entre la confianza de una utopía posible y el miedo a un futuro imposible, la belleza del arte —a diferencia de la verdad de las teorías— es soportable en un presente de penurias y aun le puede proporcionar felicidad. La teoría verdadera conoce la miseria y la desgracia de lo existente: cuando muestra el camino de la reforma, no nos consuela reconciliándonos con el presente. Pero en un mundo desgraciado, la felicidad tiene que ser siempre un consuelo: el consuelo del instante bello en la cadena interminable de desgracias. El goce de la felicidad está limitado al instante de un episodio; pero el instante lleva consigo la amargura de su desaparición. Y dado el aislamiento de los

<sup>14</sup>Cf. Marcuse, *op. cit.*, p. 146.

individuos solitarios, no hay nadie que conserve la propia felicidad después de la desaparición del instante, ni nadie que no caiga en el mismo aislamiento. Esta transitoriedad, que no deja tras sí la solidaridad de los sobrevivientes, necesita ser eternizada para poder ser soportable, pues se repite en cada instante de la existencia y anuncia, al mismo tiempo, la muerte en cada instante. Porque cada instante lleva en sí mismo la muerte, hay que eternizar el instante bello para hacer posible algo que se parezca a la felicidad. Sin embargo, lucha esperanzadamente por encontrar un

sendero, que posiblemente esté dentro de sí mismo, que le ayude a conquistar la felicidad.

Veamos ahora los resultados de la investigación marcusiana para lograr dichos propósitos esperanzadores, que llevarán a la construcción de una civilización madura en donde la existencia misma de ésta dependa de la abolición gradual en todo lo que constriña las tendencias instintivas del hombre, del fortalecimiento de los instintos vitales y de la liberación del poder constructivo de Eros.

*bojas* **Universitarias**.....